

EL DESARME^{*} NUCLEAR ASPIRACIÓN DE LA HUMANIDAD

Por Alfonso García Robles



Si se desea tener una idea general de los peligros que entrañan las armas nucleares, bastará con echar una ojeada al "Documento Final" del primer periodo extraordinario de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas consagrado al desarme.

En ese Documento, aprobado por consenso y al que se acostumbra llamar la Biblia del Desarme, se halla resumido todo lo esencial de los resultados de las deliberaciones del órgano más representativo de la comunidad internacional durante esa su histórica reunión de 1978.

La Asamblea ha declarado ahí sin rodeos que la existencia de armas nucleares y la continuación de la carrera de armamentos constituyen una "amenaza a la supervivencia misma de la humanidad" agregando que en la hora actual la humanidad confronta "una amenaza sin precedentes de autodestrucción" originada por la acumulación masiva y competitiva de las armas más destructoras que jamás hayan sido creadas, ya que sólo "los arsenales de armas nucleares en existencia bastan con creces para destruir toda forma de vida sobre la Tierra".

Parecida franqueza campea en las declaraciones de la Asamblea relativas a la seguridad internacional y a la mejor manera de garantizarla y fortalecerla en las que se ha afirmado que el incremento de los armamentos, especialmente los nucleares, "lejos de contribuir a fortalecer la seguridad internacional, por el contrario, la debilita" y que la paz y la seguridad internacional duraderas "no pueden basarse en la acumulación de armas por

las alianzas militares ni conservarse mediante un equilibrio precario de disuasión o doctrinas de superioridad estratégica".

Es sin duda por ello que la Asamblea ha hecho hincapié en que "la tarea más crítica y urgente del momento es eliminar la amenaza de una guerra mundial, de una guerra nuclear", y después de manifestar que la garantía más eficaz contra el peligro de tal guerra y de la utilización de armas nucleares es el desarme nuclear y la completa eliminación de dichas armas, ha formulado la conclusión de que "la humanidad se halla ante un dilema: debemos detener la carrera de armamentos y proceder al desarme o enfrentarnos a la aniquilación".

Unas cuantas estadísticas pueden ser útiles para ayudar a comprender mejor lo bien fundado de los anteriores juicios con la fría e irrefutable elocuencia de las cifras:

La bomba atómica que arrasó a Hiroshima tuvo una potencia de trece kilotones, o sea el equivalente de trece mil toneladas de dinamita. Actualmente los arsenales de las dos llamadas "superpotencias nucleares" cuentan, no con una, sino con numerosas bombas nucleares de veinte megatones, o sea del equivalente de veinte millones de toneladas de dinamita.

El total de ojivas nucleares existentes se calcula en alrededor de cincuenta mil, con una potencia explosiva bastante superior a un millón de bombas como la de Hiroshima, lo que significa un poder destructor de casi cuatro toneladas de dinamita para cada habitante de la Tierra.

Los efectos de las armas nucleares son, por una parte, los inmediatos, generados por un calor intensísimo y una irresistible onda de choque, y por la otra, los retardados, originados por precipitaciones radiactivas cuyas consecuencias pueden prolongarse por décadas. Si se tiene en cuenta que la bomba de Hiro-

* Este texto es el prólogo a la serie Guerra y Paz, que sobre asuntos nucleares publicarán próximamente la Coordinación de Humanidades de la UNAM y el Fondo de Cultura Económica.

shima ha ocasionado la muerte de doscientas mil personas, debe concluirse que los arsenales ya acumulados podrían aniquilar unos doscientos cuarenta mil millones de seres humanos, es decir, un número sesenta veces mayor que la población total del Planeta.

Las conclusiones de varios recientes estudios atmosféricos y biológicos demuestran concluyentemente que, además de esos efectos que se dejarían sentir en los territorios de los países directamente envueltos en una conflagración nuclear, hay otros efectos climáticos como el llamado "Invierno Nuclear" que plantean un peligro sin precedente para todas las naciones, aun para aquellas muy distantes de las explosiones nucleares, lo que aumenta inmensamente los peligros de la guerra nuclear conocidos con anterioridad, sin excluir la posibilidad de que la tierra se transforme en un planeta oscuro y helado, donde las condiciones podrían llevar a una extinción en masa.

A la luz de lo expuesto en los anteriores párrafos, resulta evidente que el desarme, particularmente el desarme nuclear, constituye un factor decisivo para la supervivencia de la humanidad. Parece, pues, obvio que sería difícil exagerar la importancia del proyecto que, auspiciado conjuntamente por la Universidad Nacional Autónoma de México y el Fondo de Cultura Económica, se traducirá en la próxima publicación de ocho volúmenes, bajo la dirección del Profesor Miguel S. Wionczek, máxime si se tiene en cuenta que los trabajos editados en español sobre esta materia no son en verdad muy abundantes.

Por otra parte, considero que el tema de que se ocupa este primer volumen, con el que se inicia la obra proyectada para la que se me ha hecho el honor de pedirme la presente Introducción, no podría haber sido mejor escogido. En efecto, el proyecto al que los medios de información han bautizado con el significativo título de "Guerra de Galaxias" constituye actualmente uno de los que mayores peligros entraña, no sólo para los pueblos de las potencias espaciales sino para todos los pueblos del mundo. No en vano los Jefes de Estado o de Gobierno de los seis países —Argentina, Grecia, India, Suecia, Tanzania y México— que suscribieron, el 28 de enero de 1985, el documento conocido como la Declaración de Nueva Delhi, han recalcado en ella que:

"El espacio ultraterrestre debe ser utilizado en beneficio de toda la humanidad y no como un campo de batalla del futuro. Por ello, hacemos un llamamiento para que se prohíban el desarrollo, los ensayos, la producción, el emplazamiento y la utilización de todas las armas espaciales. Una carrera de armamentos en el espacio sería enormemente costosa y tendría graves efectos desestabilizadores. También pondría en peligro varios acuerdos sobre limitación de armamentos y desarme".

Para no prolongar la fácil tarea de multiplicar la presentación de testimonios análogos, me limitaré a agregar sólo uno más. Consiste éste en dos párrafos extraídos de la Declaración aprobada por el Simposio que tuvo verificativo en Nueva York, durante el mes de Abril último, bajo los auspicios de la "Fundación del Tercer Mundo para Estudios Económicos y Sociales" y de los "Parlamentarios para un Orden Mundial", con motivo del Premio otorgado por la primera de dichas instituciones al ex-Canciller de la República Federal de Alemania, Willy Brandt. Esa Declaración fue aprobada por los 29 participantes en el Simposio entre los que figuraron varios ex-Jefes de Estado

o de Gobierno y Ministros de Relaciones Exteriores, así como varios laureados con el Premio Nobel de la Paz, y los dos párrafos a que he aludido están concebidos como sigue:

"El espacio ultraterrestre es 'patrimonio común de la humanidad'. Responde al interés común que la exploración y la utilización del espacio ultraterrestre se efectúen exclusivamente con fines pacíficos, que no se extienda a ese medio la carrera de armamentos y que el espacio no se convierta en un campo de batalla del futuro. Las iniciativas de defensa estratégica relacionadas con sistemas de defensa contra misiles balísticos, iniciativas que se hallan en vías de investigación y desarrollo, así como los sistemas contra satélites, plantean la grave posibilidad de la militarización del espacio ultraterrestre y de una peligrosa escalada de la carrera de armamentos nucleares. Amenazan también la viabilidad de diversos acuerdos vigentes en materia de limitación de armamentos. Introducen un elemento completamente nuevo que es peligroso y desestabilizador y que puede, de hecho, provocar el empleo de armas nucleares por una u otra parte. Lejos de hacer obsoletas las armas nucleares, es más probable que originen una redoblada carrera de armamentos en armas tanto defensivas como ofensivas...

"El peso colectivo de la opinión científica mundial rechaza el programa de la "Guerra de las Galaxias" como una demostración de futilidad. En un clima de tensión y de inseguridad, ese programa constituye una inversión falaz, sumamente arriesgada y onerosa. No existe un procedimiento técnico para salvarse del peligro de guerra nuclear. Solamente pueden conjurar ese peligro unas soluciones políticas que conduzcan a la eliminación de las armas nucleares".

Quienquiera que examine con objetividad este asunto llegará inevitablemente a una conclusión análoga. Sin duda ello sucederá también con el examen de cualquier otro tema relacionado con la cuestión del desarme nuclear. Fue seguramente por eso que la Asamblea General, en el Documento Final de 1978 al que ya antes he hecho referencia, declaró enfáticamente:

"Es esencial que no sólo los gobiernos sino también los pueblos del mundo adviertan y comprendan los peligros de la actual situación. Para que se forme una conciencia internacional y la opinión pública mundial ejerza una influencia positiva, las Naciones Unidas deberían aumentar la difusión de información sobre la carrera de armamentos y el desarme con la plena cooperación de los Estados Miembros".

Cuatro años más tarde debía cobrar vida una iniciativa de México tendiente a ayudar a la realización de ese doble objetivo. Fue así como la "Campaña Mundial de Desarme" fue solemnemente lanzada por decisión unánime de la Asamblea adoptada el 7 de junio de 1982 en su segundo periodo extraordinario de sesiones dedicado al desarme, y cómo en el desarrollo de esa Campaña las Naciones Unidas se han venido esforzando con renovado empeño en intensificar la difusión de material informativo fidedigno sobre los distintos aspectos del desarme. La colección de ocho volúmenes cuya publicación inicia hoy nuestro país constituirá —estoy firmemente persuadido de ello— una valiosa contribución para el cumplimiento de ese noble propósito.◇